

na, ni Tránsito, ni persona humana pudo verla. En el espacio de quince dias se mantuvo en su gabinete abismada en su dolor, sin acordarse de nadie y luchando con aquel amor inmenso que cual un fuego abrasador devoraba su corazon y aniquilaba sus fuerzas.

Solamente Lindora la veia, y segun sus órdenes, preparaba el viaje dispuesto para el último dia de Octubre.

El doctor se desesperaba viendo los preparativos, y ofendiéndose mas cada vez porque Alejandrina se negaba á recibirle, cuando acababa de hacer el mas costoso sacrificio y cuando esperaba recoger el premio de su amor.

Quiso escribirla; pero tampoco su carta fué admitida; los criados no tenian órden de pasar recado ninguno á la señora, y tuvo por necesidad que volverse á la colonia, encerrándose en su aposento y esperando con un humor sombrío á que Alejandrina quisiera llamarle á su presencia.

Tampoco tuvo valor para presentarse en la calle, ni para visitar á ninguno de sus amigos, temeroso de encontrarse con Guillermina ó con su hijo; ¡ay! aquel hijo querido que por la primera vez de su vida le hizo perder la serenidad y arrancó de su alma el grito de dolor que le descubrió á la perspicaz sospecha de su muger, la que desde el primer dia vió en él, no al doctor Alonso, sino á Lucas de Mendoza disfrazado de negro.

Mientras que el doctor y Alejandrina permanecian en sus casas abismados cada cual en sus negros pesares, la interesante familia de Alvarez Leal disfrutaba en el palacio que fué de Blancarosa la mas dulce y apacible tranquilidad.

Doña Lucía, ó sea Rosa-Pálida, pues nunca nos acostumbraremos á nombrarla de otro modo, se rodeó de sus amigos, de sus hijos, de sus antiguos servidores, y olvidó los dolores pasados para entregarse al regocijo presente.

Renata, acompañada de Ernesta, la hija de Marciana, corria por el jardín buscando mariposas; el adolescente Lucas de Mendoza, que diariamente los visitaba, corria tambien tras las mariposas, unido á Renata por una atraccion magnética, que le obligaba á se-

guir por todas partes á la candorosa niña, sin poder quizá darse cuenta del sentimiento que le impulsaba.

Detrás de ellos paseaban mas sérios, mas graves y entregados á filosóficas meditaciones Ildemaro, Silvia y Senen.

Aunque Silvia tenia la misma edad que Renata, su carácter reflexivo, su talento y su formalidad la hacian aparecer mayor, por lo que siempre departia con sus jóvenes amigos, mientras que los niños, como ella llamaba á Lúcas y Renata, se divertian con frívolos juegos.

Para que en aquel cuadro de dulce fraternidad nada faltase, veíase á veces asomada á las ventanas del palacio la espresiva cabeza de Diminuto, que sonriendo de gozo, bendecía á la noble familia que, tantos años diseminada por la fatalidad, volvía á reunirse bajo la bella perspectiva de una felicidad duradera.

Sus bienes les fueron devueltos sin ninguna clase de entorpecimiento; pues además de las pruebas que Alejandrina pudo adquirir, fray Severo envió al juez su confesion declarando todos sus delitos y la participacion que habia tenido en el asesinato del marqués de Blancarosa. La carta estaba fechada en Francia, por lo que era de suponer se fué á refugiar en la nacion vecina despues de la terrible escena ocurrida en el pabellon de la casa de curacion, donde la luz del arrepentimiento hirió sus embotados sentidos, haciéndole conocer toda la enormidad de su depravada conducta.

Como por ahora nos es imposible descubrir su impenetrable asilo, lo dejaremos para informarnos de Cristina Guanter, que, como saben nuestros lectores, huyó del furor de Pedro Torres, la noche que éste con Tragabombas y Juan Cortante fueron á robar el palacio.

El traje de fray Severo con que iba disfrazada, la fué muy oportuno, porque gracias á él, pudo sin inconveniente pasear por las calles de Madrid, deteniéndose especialmente por la de Lavapiés y las inmediatas, á fin de ver á Tragabombas cuando se dirigiese á su casa, si tenia la fortuna de encontrarle solo, suponiendo

desde luego que reñiría con Pedro Torres y en su furor debían quedar uno ú otro fuera de combate.

En efecto, su cálculo salió cierto. Cuando mayor silencio reinaba en la solitaria calle, sintió los pasos acelerados de dos personas que bajaban corriendo.

Se refugió en el quicio de una puerta, y cuando pasaron cerca, reconoció la voz de Tragabombas en uno de sus habituales ¡cuernos de vaca! que lanzó con sonora entonación: su compañero era Juan Cortante.

Cristina, sin vacilar, se adelantó diciendo á media voz:

—¡Señor D. Tadeo!.... ¡chist!.... oiga V. una palabra.

—¿Quién me llama, dijo el bandido deteniéndose al propio tiempo que hacía un signo al torero para que continuase su camino.

—Soy yo; ¿no me conoce V.? pues este trage de hombre que visto no tiene el poder de disfrazar mi voz.

—Es verdad; perdone V., señora, si no la he reconocido enseguida, estoy un poco agitado.

—Lo creo; ¿qué ha sido de aquel infeliz?

—Ni lo sé; su tenacidad le perdió, á fin de evitar sus gritos, tuve que arrojarle á una gran distancia de la puerta que se empeñaba en abrir para seguir á V., y no sé si ha quedado muerto ó sin sentido.

—Temiendo por V., me vine á situar en esta calle, no sin sentir una viva inquietud, porque mi posición es bastante crítica, y ahora mas, que acabo de poner en peligro su preciosa vida.

—No se alarme V., señora; esto es una nueva prueba de interés que me apresuro á ofrecerla.

—Mil gracias, amigo mio; la acepto como acepto su protección, porque no tengo una persona de quien fiarme, dijo Cristina fingiendo un llanto ahogado que si no enterneció el corazón del bandido, le hizo exclamar por lo menos:

—¡Ea, señora! no hay que apurarse y vamos á determinar lo que debe hacerse; pues á V. y á mí nos conviene ocultarnos.

—Lo que V. disponga, acepto; estoy conforme con su voluntad,

ya que tan generosamente se declara mi protector, dijo Cristina.

—Corriente. Entonces, me permitirá V. que la deje un momento; voy á mi casa, recogeré los objetos de algun valor que guardo en ella y nos marcharemos á la casa de campo que tengo en Fuencarral. Allí estamos seguros, y aunque nos persigan, tenemos medios de escapar con facilidad.

—Bien. Vaya V., que aquí le aguardo; pero no tarde por piedad, tengo miedo.

—No tenga V. cuidado; los serenos de este barrio son amigos míos, y en pronunciando mi nombre, está V. segura.

—Así lo haré en caso de apuro; adios, mi generoso libertador, repuso la dama con un acento de infinita dulzura muy marcado.

Él la saludó levantando un poco el ala del sombrero y corrió sin detenerse hasta su casa, donde se estuvo el tiempo preciso para recoger en una maleta los objetos mas preciosos. Luego bajó, salió á la calle, y atravesando una callejuela, abrió la puertecilla estrecha y pequeña de una cuadra donde habia varios caballos.

Ensiló uno, colocó en él la maleta, y montando con suma ligereza, fué á reunirse con Cristina, que ocupando el arzon delantero de la silla, se dejó rodear por los robustos brazos del galante bandolero, y acariciados por la suave brisa de los primeros albores de la mañana, se dirigieron al portillo de Embajadores. Tragabombas tenia amigos en todas partes, y aunque aun no era de dia, hubo quien le abriese la puerta, pudiendo sin inconveniente lanzar su caballo á un trote largo, atravesando la distancia que les separaba de Fuencarral en menos de una hora.

Allí, sin acordarse del mundo, pasaron los quince dias que Alejandrina vivió entregada á su dolorosa soledad.

---

## CAPÍTULO XIII.



### Carta del Brasil.



**G**UILLERMINA, sentada en su gabinete cerca de una ventana baja, donde apoyaba el codo y la mano en la mejilla, contemplaba melancólica y pensativa cómo el viento arrancaba las hojas secas de los árboles, arrastrándolas por las calles del jardin, que habian llegado á tener una alfombra de hojarasca.

Estaba pálida; aunque aparentaba tranquilidad, debia sufrir, ó por lo menos la espresion de su rostro, la vaguedad de su mirada denunciaba un pesar recóndito y secreto, una inquietud interior que vivia oculta en el fondo de su pecho; pero no por eso era menos cruel.

La hermosa jóven amaba al conde, es verdad; su amor se despertó pujante y vigoroso al creerse desdenada por Silvia; sin este incidente, quizá su corazon hubiera conservado siempre el recuerdo de Lúcas de Mendoza; mas aunque le conservára, su conducta para con ella le hacía indigno de su cariño. Quería persuadirse de que no le amaba, de que solo merecía

su desprecio, y esta idea la daba fuerzas para pensar con calma en el nuevo lazo que iba á contraer, viviendo su esposo, lo que reprobaba altamente su corazon; pero ¿qué hacer? ¿No lo autorizaba él mismo? Sin duda. Luego no debia tenerle consideraciones ni sentir el mas mínimo remordimiento.

Por otra parte, Lúcas de Mendoza heria su amor propio de una manera cruel amando á otra muger y haciendo por ella tan dolorosos sacrificios como disfrazarse de negro y renunciar á su posicion, á su nombre, á su fortuna, á su muger y á su hijo.

¡Oh! esto lo conceptuaba Guillermina como una ofensa, y necesitaba una venganza cumplida. Mil ideas distintas cruzaban por su mente, cuando se presentó el conde.

—¡Oh, amigo mio!.... exclamó la jóven; estoy loca; ven á distraerme por piedad de mis negros pensamientos.

—¡Tú padeces! ¡Oh! ¿y por qué? Mientras no te falte mi amor, ¿qué te importa lo demás?

—¡Ay! pero ese hombre..... ese hombre!.... murmuró Guillermina moviendo la cabeza con desesperacion, poseida de un malestar indefinible.

El conde tomó asiento á su lado, y sacando con mucha calma una carta, exclamó:

—Aquí tenemos ya, querida mia, las noticias del Brasil.

—¿Has recibido carta?

—Sí; y me apresuro á comunicarte los datos que me comunican.

—¿Y aparece culpable mi marido?

—Escucha y juzgarás por tí misma.

—Veamos; pero aguarda un momento, no nos interrumpen, dijo Guillermina levantándose á cerrar la puerta de la estancia.

Volvió, y sentándose ambos en un sofá, el conde leyó de esta manera:

*«Río-Janeiro 7 de Agosto de 1849.*

»Mi querido amigo: me pide V. noticias de D. Lúcas de Mendoza, jóven nacido en este pais, que se fué á España siendo niño y que regresó con su prima la condesa de Paraná en 1834. Voy

pues á satisfacer su deseo con la historia detallada de estos personajes, que me ha sido referida por varios de sus servidores, habiendo yo mismo presenciado muchos de sus incidentes.

» Cuando la condesa se presentó en este país reclamando los bienes de su madre, era una niña de once ó doce años; pero bellísima, encantadora, y demostrando una inteligencia y disposición admirables.

» La acompañaban su primo D. Lucas y un misionero llamado fray Benigno, que tuvo necesidad de marchar á la Judea á cumplir su sagrada misión, y que lo hizo después de haber dejado á la condesita en posesión de su herencia. La niña, que se hallaba bastante delicada, se retiró á vivir en Santa Clara, preciosa posesión de campo que posee en las inmediaciones de Rio-Janeiro.

» Su primo vivía con ella, y desempeñaba en la casa el papel de un padre ó de un hermano mayor; puesto que la niña se veía sola y sin más apoyo que el suyo.

» Así pasó algún tiempo: Lucas estudiaba medicina y distribuía sus horas entre sus estudios y los cuidados que le proporcionaba la educación de su prima, á la que miraba siempre con una adoración infinita, velando por su salud y por su dicha como si hubiera sido el padre más tierno.

» Un día, cuando ya rayaba en la adolescencia, la joven cayó peligrosamente enferma; se temió por su vida, y si se salvó, fué por las infinitas atenciones que Lucas la prodigaba, permaneciendo noche y día á la cabecera del lecho hasta que consiguió alejar el peligro, devolviéndola poco á poco su salud.

» Durante aquella enfermedad Lucas manifestó el ardiente amor que la profesaba, porque se le vió pálido, demacrado, y en los momentos de mayor peligro, poseído de un delirio sin límites, de una desesperación profunda, que hacía temer por su razón.

» Por fortuna la enferma se salvó y ambos volvieron á la vida jóvenes, amantes y llenos de ilusiones. Él, que la adoraba y que creyó perderla, se hizo más condescendiente, más dulce, más cariñoso, y ella, cuyo carácter se iba cada día haciendo más independiente, más altivo, llegó á dominarle por completo, manejándole co-

mo á un niño, é imponiéndole su voluntad despótica como si fuera una reina.

» Así pasaron algunos años; en esta ciudad hubo personas que los creían casados en secreto, y llegó á generalizarse esta idea; pero se estrañaba mucho que no lo publicasen, pues se los creía á los dos, jóvenes, libres y sin inconveniente alguno para contraer el lazo conyugal. Empero, comprendo muy bien su secreto al saber por V., mi querido conde, que Lucas está casado en Madrid.

» El público los juzgaba amantes; pero en el seno de su casa no faltó quien afirmase que la condesa no sentía por su primo la pasión que él la consagraba.

» Durante algun tiempo los perdimos de vista, porque se reunieron con fray Benigno y se dedicaron á viajar por la India, luego estuvieron en San Pablo, en Minas y en todos los puntos donde la condesa tenia bienes; pero siempre unidos, sin separarse un momento.

» En una sola ocasion le vimos quedarse en Rio-Janeiro, mientras ella viajaba con fray Benigno en lo interior de la India; esta ausencia duró dos años, en cuyo tiempo D. Lucas debió sufrir muchísimo, porque se le veía morir dia por dia, y al cabo cayó en cama postrado por una enfermedad moral que le conducia rápidamente al sepulcro; pero llegó la condesa y su sola presencia le salvó, haciéndole recobrar la salud y la vida.

» Despues organizaron sin duda su viaje á España, porque desaparecieron de aquí en un mismo dia y no hemos vuelto á tener noticias suyas. Esto es todo lo que sé, todo lo que puedo comunicarle.

» Si algun otro dato necesita, puede V. decírmelo y le satisfaré con mucho gusto, pudiendo estar seguro de mi siempre invariable y firme amistad.

» Suyo de corazon

*Isidro Portugués.*»

Concluida la lectura de esta carta, que arrojaba una luz tan clara sobre los oscuros misterios de que Alejandrina y el doctor se rodeaban, el conde y su amada quedaron pensativos, abismados en



idénticas reflexiones y formando una resolución que debía poner término á tan angustioso estado.

Guillermina levantó por fin la cabeza, y ahogando un suspiro que salía de lo mas profundo de su alma, exclamó tendiendo sus manos al conde:

—No hay duda ninguna, ellos se aman, están casados y tienen una hija, puesto que así me lo ha declarado ella misma.

—Está bien claro, y su único deseo es que nos unamos nosotros, que seamos felices, porque así su remordimiento será menor; démosles gusto y satisfaremos al propio tiempo el ardiente anhelo de nuestro corazón; ¿no te parece, amada mía? ¿sientes aun realizar la dicha que nos aguarda?

—No, mi querido Adolfo; estoy pronta á ser tu esposa, esa carta ha desvanecido todas mis dudas y ya no vacilo; dispon la boda cuando gustes.

—¡Gracias.... amada mía!.... ¡gracias!.... murmuró el conde besando con pasión la mano de Guillermina y dirigiéndola una mirada de ternura, en la que se leía el infinito amor que la profesaba.

Dos dias despues de esta escena estaban en Madrid; era el 30 de Octubre.

No habian vuelto á ver al doctor ni á la condesa, ni participaron á nadie sus proyectos. Su casamiento debía ser secreto; por lo tanto, solo asistirían á la ceremonia un reducido número de amigos. Estos se hallaban ya reunidos en un salon inmediato al gabinete donde debía efectuarse el desposorio.

Entre los convidados estaban Rosa-Pálida y Renata. Silvia se disculpó de asistir, pretestando una ligera indisposición, y á su hermano Senen creyó conveniente acompañarla, por lo cual se quedaron los dos en casa.

Fray Benigno tambien estaba invitado; pero á las nueve de la noche no habia llegado aun y el casamiento debía celebrarse á las diez. Resolvieron esperarle, porque Guillermina no queria casarse sin recibir antes la bendición del noble misionero.

La condesa de Paraná tenia resuelta su marcha para el siguiente

dia al amanecer, debiendo en aquella noche quedar resueltos todos los acontecimientos cuya resolucion dependia de ella.

Su dolor era tan íntimo, su desesperacion tan profunda, que no hallándose con fuerzas para despedirse de nadie, escribió á sus íntimos amigos anunciándoles su marcha. A Guillermina la decia entre otras cosas:

«Querida mia: la noche de tu boda es la noche de mi partida; he recibido tu carta de invitacion y te ruego me perdones si no me hallo con fuerzas para verte. Te remito un aderezo de brillantes, como regalo de boda; espero le admitas como de una hermana querida:

»Sé que otro don deseas de mi amistad, la historia de mi vida; pero te la ofrezco solemnemente, la tendrás tan luego como llegue al punto de mi destino. En ella encontrarás explicado el enigma de mi conducta y no podrás menos de amarme, compadeciendo mi desgracia y mi dolor.

»Adios, hermana mia; parto dejando en España la mitad, y llevo el corazon desgarrado.

»Adios otra vez; ¡quién sabe si volveremos á vernos en el mundo!.... De todos modos mientras viva y en cualquier punto de la tierra en que me halle, seré tu hermana mas leal y rogaré al cielo por tu eterna dicha.»

Esta carta y el aderezo que á ella acompañaba, que era una riquísima joya de inmenso valor, lo recibió Guillermina estando vistiéndose para la ceremonia. Aquellas frases, que revelaban un dolor profundo, hicieron conmovier el corazon de la hermosa jóven y dejó caer de sus ojos ardientes lágrimas, sin procurar detenerlas.

Aun brillaban en sus mejillas, cuando llamaron á la puerta del gabinete. Era el conde; como ya estaba vestida, le mandó pasar.

—¡Tú has llorado!.... la dijo apenas fijó en su rostro la mirada.

Guillermina, que tenia en la mano la carta y el aderezo, se lo entregó diciendo:

—Lee, verás la causa.

El conde, despues de haberla leído, abrió el estuche, y sacando el collar, lo puso en el cuello de su amada esclamando:

—Debes llevar esta joya, porque es el don de una hermana muy desgraciada sin duda.

—¡Oh! ¡nunca!.... repuso la jóven queriendo rechazarla; ¡esa muger es la esposa de mi marido!....

—Ignoro lo que será; pero puedo asegurarte que solo la inocencia y la virtud pueden espresarse de la manera que ella lo hace.

El conde al decir esto sacó de su cartera otra carta, que se dispuso á leer.

—¿Tambien te ha escrito á tí? preguntó Guillermina.

—Escucha:—«Amigo mio: adios; voy á partir; abandono á Vds. para siempre quizá; lo siento por Guillermina, cuya dulce felicidad quisiera contemplar llena de gozo; mas no puedo detenerme; léjos de aqui, en otro pais tengo deberes que cumplir y voy en él á concluir mis dias. Dios haga á Vds. muy dichosos; se lo ruego con toda la efusion de mi alma.

»No tengo fuerzas para despedirme de nadie, y hace tiempo que, abismada en un dolor tan inmenso, que es imposible comprender su profundidad, no he pensado en nada, solamente en llorar y en sufrir. Esta especie de delirio me ha durado mas de quince dias; en este tiempo, y estrañando quizá mi reserva, Guillermina ha debido resentirse conmigo, siendo la base de su resentimiento el no haberla revelado la historia de su esposo; por lo que acaso me haya juzgado culpable. Suplico á V. haga desaparecer su enojo, si existe, y que nunca se crea ofendida por mí. Podré ser muy desgraciada, pero culpable jamás.

»Mi orgullo, mi inocencia y mi dignidad me impiden dar otras esplicaciones; para mi tranquilidad bástame saber que soy inocente; si para la suya no basta, aguarden á que el tiempo les dé la solucion de este enigma.

»Entre tanto no me nieguen su confianza y su cariño, viviendo persuadidos de la pureza de mi amor y de mis intenciones.

»Adios, por última vez, amigo mio; haga V. muy feliz á Gui-

hermana, y quiera el cielo concederles la dicha que niega á su infortunada y leal amiga

*Alejandrina.»*

Cuando el conde terminó la lectura de la carta, su amada habia caido en un divan, acongojada, triste, y sin poder darse cuenta de su sentimiento.

—Y bien, la dijo el conde, ¿qué te parece esta carta?

—Que respira un aire de inocencia que no deja lugar á la menor duda; y no sé ciertamente qué pensar.

—Igual me sucede á mí; la admiro, la compadezco y la quiero como á una hermana.

Un golpecito dado discretamente á la puerta interrumpió la conversacion de los dos amantes.



## CAPITULO XIV.



## Golpe fatal.



GUILLERMINA se levantó, y vió que la que llamaba era su doncella.

—¿Qué hay? la preguntó.

—Acaba de llegar el cura de la parroquia, dijo la doncella.

—¿Y fray Benigno?

—Todavía no ha venido.

—Bien; que pase el señor cura al salón y en el momento que llegue fray Benigno, ven á avisarme, dijo Guillermina.

Luego, volviendo á sentarse cerca del conde, exclamó:

—¿Y qué haremos, amigo mío? ¿no es una cosa muy rara, muy original la que nos acontece?....

—¡Oh! ya lo creo; quizá no tenga ejemplo en el mundo; pero ¿qué quieres hacer sino seguir esa impetuosa corriente que nos arrastra?

—¡Voy á casarme contigo, teniendo una evidencia completa de que mi marido existe!.... ¡perdona!.... te quiero mucho; pero lo que vamos á hacer me parece un crimen imperdonable.

—¿Y no se ha casado tu marido con otra, olvidándote por ella y faltando á sus deberes de padre y de esposo por espacio de quince años, llegando su pasion hasta el extremo de fingir su muerte para quedar libre de tí completamente? exclamó el conde con una voz que alteraba la emocion.

—¡Es verdad!.... ¡estoy loca!.... te aseguro que desde este fatal descubrimiento paso unos dias crueles.

Guillermina se cubrió la cara con las manos, procurando ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos y que no pasaron desapercibidas á la perspicaz vista del conde.

Éste comprendió que su amada sufría, y adivinando la causa, la dijo:

—Querida mia; perdóname si te digo que el amor propio ofendido habla en tu corazon mas alto que el cariño que me profesas.

—No lo imagines siquiera; mi amor por tí es inalterable, es inmenso, y no debes estrañar que sufra al ver la indiferencia de mi esposo.

Aquí el llanto de la jóven volvió á correr con abundancia.

El conde la miró con dolorosa tristeza.

Luego dijo:

—Quieres engañarte á tí propia, y engañarme á mí ¡desdichada!.... Es imposible esta union, sin que ese hombre desaparezca del mundo; ¡tú le amas aun!....

—Te equivocas; le aborrezco, le desprecio y solamente siento por él un ódio sin límites.

—Si fuera verdad, no vacilarías en ser mi esposa.

—¡Yo no vacilo!.... lo anhele.

—¿Pues á qué aguardamos?

—La llegada de fray Benigno; este hombre es un santo; él sabe que mi marido existe; conoce las relaciones que le unen con Alejandrina, y si sanciona mi boda con su presencia, me parecerá menos criminal.

—¿Y la memoria de ese hombre no alterará nuestra dichosa tranquilidad?

—De ningun modo; esta noche se marchará con ella. ¡Oh! ¡Quién sabe si le volveremos á ver!...

Guillermina dijo estas palabras con acento de indefinible tristeza.

¡Cuán caprichoso es el corazon humano!... ¡qué de anomalías encierra!...

Verdaderamente Guillermina al decir las anteriores palabras, sentia la partida del doctor, y le amaba con el mismo ardor que quince años antes; pero ni aun sospechaba que su corazon sintiese amor por un hombre que tanto la ofendiera, pisoteando su orgullo y arrojándolo al lodo.

El fué la primera ilusion de su adolescencia, el primer hombre á quien consagró una adoracion sin límites; la abandonó despues, olvidando aquella fé ciega y sencilla; entonces quiso olvidarle tambien, y no siéndola posible conseguirlo, vivió quince años adorando su memoria y creyéndole un mártir.

Empero llegó el momento en que, descornado el velo del misterio, encontró al sér ideal de sus sentidos, loco de amor por otra muger; pero un amor escepcional, un amor único en la tierra, y la pobre esposa abandonada tuvo celos de aquel amor, y hubiera dado la mitad de su existencia por haber sabido inspirar una passion semejante.

Este sentimiento germinaba en el fondo de su alma, haciéndola sufrir un martirio indecible, porque tenia que luchar con su amor propio ofendido, con su dignidad de muger pisoteada, y por último con la inclinacion que la ponía en brazos del conde; no puede llamarse de otra manera á un afecto simpático y fuerte, sí; pero único no; porque ella no podia olvidar ni olvidaria nunca á su primer esposo.

En los halagos del conde encontraba el consuelo á su eterno padecer; y casi pudiera decirse que si le amaba, si se casaba con él, era por vengarse de los desdenes del cruel desamor de su marido.

El conde, que la adoraba, y que dotado de un gran talento, comprendia las alternativas por que estaba pasando su amada, su-

fria muchísimo, deplorando ya el estado á que habian llegado las cosas, que no era fácil retroceder, sin un gran escándalo.

Es verdad que tampoco hubiera podido resistir un rompimiento; su salud, delicada, sumamente resentida, necesitaba muy poco para conducirlo á la tumba.

Esto lo comprendia Guillermina, y se apercibió de sus imprudentes palabras al ver el rostro del conde cubierto de una lívida palidez que le asemejaba á un cadáver.

—¿Te han ofendido mis palabras? le dijo ella mirándole con cierta inquietud.

—¡Oh! nada de eso; lo que yo siento es que las cosas hayan llegado á este extremo; conozco que tú no me amas lo bastante para ser feliz con mi amor.

—¡Otra vez esa idea! ¿no estoy dispuesta á ser tu esposa?

—Sí; pero sufres, tienes celos de Alejandrina, lo cual prueba que aun amas á tu marido.

—¡Yo amarle!.... ¡qué disparate!.... ¿yo amar á un hombre que ha usado conmigo tan infame conducta?.... ¡jamás! ¡Oh! no lo digas ni en broma, porque tal idea me horroriza; si mi corazon tuviera la debilidad de sentir la menor inclinacion hácia ese hombre, creo que me le arrancaria á pedazos.

Guillermina se sublevaba ante semejante suposicion; sin embargo, era ciertísima; pero su orgullo la hacía desconocerla, obligándola á ignorar el estado de su corazon.

Las diez sonaron en un reloj de sobremesa; al escuchar la metálica vibracion de las campanadas, ambos se levantaron diciendo:

—Nos esperan en el salon; y somos muy desatentos al dejar solos á nuestros convidados.

—Por fortuna son amigos, dijo Guillermina tomando el brazo del conde para dirigirse allá.

Poco despues entraban en el gabinete donde debia efectuarse el desposorio.

En aquel momento un criado entregó dos cartas á la señora.

—De fray Benigno y del doctor, dijo palideciendo.

—Siéntate, exclamó el conde apresurándose á poner una silla,



conociendo que su amada carecia de las fuerzas suficientes para sostenerse en caso de que las cartas contuviesen algunas noticias desagradables.

—¡Mil gracias!.... dijo Guillermina sentándose.

Luego añadió dirigiéndose á los convidados:

—Dispensadnos un instante; esperábamos á fray Benigno para celebrar la boda; algun incidente funesto le impide asistir cuando me escribe; voy á verlo.

Dicho esto, abrió la primera carta, la leyó y se la entregó al conde; repitió la propia operacion con la segunda, y despues levantándose, dijo al sacerdote:

—Puede V. prepararse, señor cura; estamos prontos.

Su rostro habia sufrido una contraccion dolorosa; pero supo ocultar con valor la nueva herida que recibia su amor propio.

El conde leyó sin alterarse las dos cartas, cuyo contenido vamos á copiar á continuacion.

La primera era del doctor, y decia así:

«Señora: voy á partir de España para siempre quizá, y en el momento de una eterna despedida, no tengo valor para dar á V. el último adios.

»Sé que la he ofendido, sé que tiene V. motivos de resentimiento y que acaso aborrezca mi memoria; mas yo la ruego deponga su enojo, y me perdone como se perdona á un hombre que, devorado por una enfermedad mortal, se deja conducir á la tumba, porque conoce no ha de encontrar remedio en el mundo.

»Lo propio me acontece. Una pasion ha llenado mi vida, esa pasion me mata, veo claramente el dardo que me hiere, y sin embargo, corro á buscarle hasta que se clave en mi pecho.

»Adios, señora; sea V. muy feliz; yo se lo ruego, viva V. dichosa, tranquila y libre de remordimientos en brazos del hombre que la adora, y no se acuerde para nada del infeliz que busca la muerte como único remedio á su dolor.

»Les felicito por su enlace, rogando á Vds. admitan el cordial parabien que con la efusion de la mas sincera y leal amistad les envia su mejor amigo y S. S. Q. S. P. B.

*El doctor Alonso.*»

Esta carta arrancaba del corazón de Guillermina hasta la última esperanza, y la daba el golpe mortal que desvanecía todas sus ilusiones.

Por eso se levantó resuelta, impulsada por un movimiento de ira, por un deseo infinito de venganza, y se colocó al pie del altar, dispuesta á contraer un nuevo lazo en que esperaba encontrar la recompensa de todos sus pesares.

La otra carta era de fray Benigno; aquel santo sacerdote no podía sancionar con su presencia un enlace ilegal; y en la imposibilidad de evitarlo, se retiraba disculpándose de este modo:

«Mi respetable y estimada señora: he procurado hasta última hora vencer los obstáculos que me impedían asistir á su enlace, pero me ha sido de todo punto imposible conseguirlo; y se lo aviso para no causarles perjuicio.

»Siento muchísimo privarme de este placer, y en cambio les envío mi bendición, rogando al cielo conceda á V. toda la felicidad que merece por su bondad y sus virtudes.

»Adios, señora; acaso no nos veamos en algun tiempo; sirva esta de despedida; en tanto regreso de mi expedicion y tengo el placer de contemplar su dulce felicidad, quedo su atento S. S. y C.  
*Benigno Llorente.»*

Como se comprende por el contenido de esta carta, el misionero habia estado luchando hasta el último extremo, quizá con la esperanza de conseguir que el doctor no consintiese un enlace á todas luces criminal; enlace que no estando santificado por su venerada mano, no podia llevarse á cabo.

Cuando el conde concluyó de leer las dos cartas, se dejó caer en una silla; estaba sereno al parecer; pero su palidez iba en aumento.

Él, cuya sensibilidad era tan estremada, no pudo sufrir sin estremecerse la mirada de Guillermina, su vengativo ademán y el orgullo irritado que se pintó en su fisonomía.

Comprendió que no le amaba con el amor puro, entusiasta, sincero y sin mezcla de otro amor ni de otros recuerdos, que él necesitaba para ser feliz, y al adquirir tan dolorosa convicción, se

sintió morir; porque el amor de Guillermina era para él la vida... la esperanza.

Aquellas cartas por otra parte le convencieron de que su enlace iba á ser criminal; fray Benigno le reprochaba cuando no queria sancionarle con su presencia, y hasta se alejaba de ellos quizá para siempre. Y el doctor, aunque seguia en su sistema de negativa presentándose como un personaje que no era, confesaba con demasiada claridad su culpa, y pedia perdon del daño que les causára.

Todas estas reflexiones hicieron tan dolorosa impresion en el ánimo del conde, que se dejó caer sin fuerzas para sostenerse, comprendiendo que volvía á repetirle el ataque que ya otras veces puso en peligro su vida.

La ofuscacion que Guillermina sentia, no la permitió observar los alarmantes síntomas de la cruel enfermedad que el conde padecia; no así su hijo Ildemaro, que apenas le vió caer, notó su palidez, y acercándose á cojerle en sus brazos, exclamó:

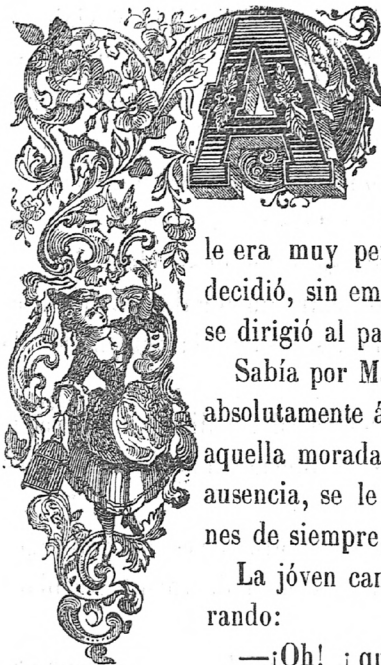
—¿Se pone V. malo, padre mio?....

El conde ya no pudo contestar una palabra; estinguida completamente su voz, se agitaba en horribles convulsiones, y oprimiéndose el pecho con las manos, cayó en brazos de las personas que con Ildemaro acudieron á colocarle en una cama.

Guillermina, al verle en aquel estado, dió un grito y se desmayó, comprendiendo sin duda que ella misma le mataba por no haber sabido reprimir sus sentimientos, dejando que leyese en el fondo de su alma y que comprendiese toda la estension de su desgracia tan cruel como inmerecida.



## CAPITULO XV.

**Amor y deber.**

si que fray Benigno recibió la carta en que Guillermina le invitaba para su boda con el conde, comprendió que tenía un deber de conciencia que cumplir, y aunque le era muy penoso dejar su apacible retiro, se decidió, sin embargo, y armándose de fortaleza, se dirigió al palacio de Alejandrina.

Sabía por Marciana que la condesa no recibía absolutamente á nadie, por lo cual, al entrar en aquella morada casi régia, donde, á pesar de su ausencia, se le seguian dispensando las atenciones de siempre, preguntó por Lindora.

La jóven camarera, apenas le vió, exclamó llorando:

—¡Oh! ¡qué felicidad!.... ¿viene V. á verla?.... se muere, señor, ¡se muere!.... Desde el último dia que estuvo V. aquí, no ha vuelto á levantar cabeza.

—¡Y no me habeis avisado!.... dijo el misionero en tono de dolorosa reconvencion.